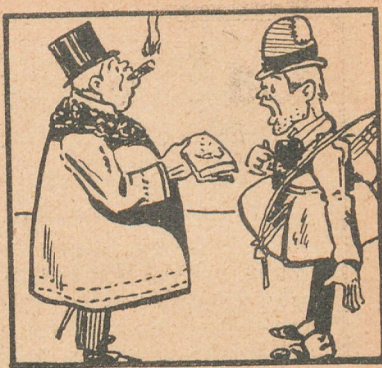




¡Ay, mamá, qué noche aquella!
en que el falso me decía...

Cantando y tocando eso por las calles,
se ganaban—o se perdían—la vida cuatro
Beethovenes de aire libre, cuatro
huérfanos del Arte, que parecía que llo-
raban por su papá.



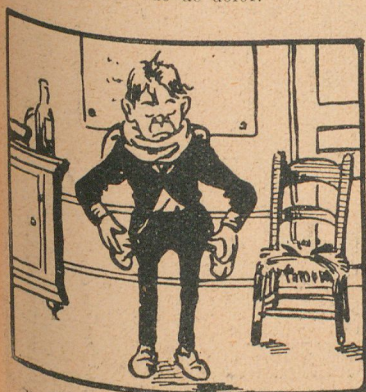
Llegada cierta vez la hora agradable
de pedir, se adelantó uno de ellos, Vida-
mía, y... de pronto un caballero le en-
tregó tres billetes de 100 pesos: le dijo
que era director de teatro y que lo con-
trataba porque tenía una voz angelical.



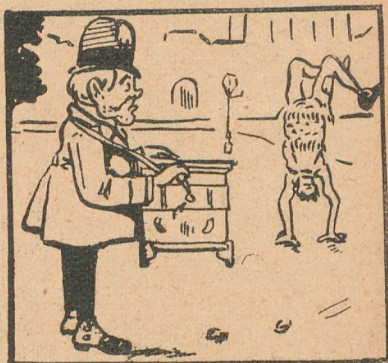
Vidamía, enorgullecido al punto, des-
precia á sus compañeros con ademanes
trágicos. En uno de esos movimientos,
tocó á la guitarra que llevaba colgada, la
que lanzó un gemido de dolor.



Y se vistió como un Caruso, dispuesto
á cantar como éste y á tocar todo lo que
fuera menester para llegar á la gloria
artística. El había oído decir que Caruso
no sólo cantaba, sino que tocaba tam-
bién.



Pero, al pedir un bife en el hotel de-
lante de un ventilador, se resfrió el hom-
bro por el director del teatro y se quedó
en la miseria negra y con una carraca
en la garganta.



En castigo de su mala acción con los
compañeros, tuvo que ir á tocar el orga-
nito á un acróbata popular. Pasó á ser
un mortal simple, al que se aplicaban de
lento aquellas palabras terribles "Gana-
rás el pan y la cebolla con el sudor de
tu frente".